

LOS MOVIMIENTOS SEGLARES

Treinta y un obispos se han reunido para estudiar a fondo la situación de los movimientos del apostolado seglar en España. No es cosa banal el tema, aunque pueda parecerlo a primera vista. Conviene saber que uno de los factores más decisivos de conciencia crítica en lo social y de avance en la evolución de los comportamientos cristianos ante la realidad política y religiosa de nuestra patria ha sido la implantación de los movimientos especializados de la Acción Católica, a caballo entre los años cuarenta y cincuenta.

Nacían entonces, inspirados en la famosa JOC belga del mítico monseñor Cardijn, la JOAC y la HOAC. Sus métodos de estudio y de acción fueron revolucionarios. Recordemos su estilo de encuesta participada (ver el problema, juzgarlo, decidir una actuación), sus cursillos apostólicos, su incisivo boletín «Tú»...

Realizaciones todas ellas que, por el campo en el que se movían y por el especial momento religioso y político, adquirieron un matiz de plataformas críticas, con un riesgo evidente de excesivo temporalismo. De ellas salieron más tarde una serie de líderes políticos. Es el caso, por ejemplo, de Felipe González.

Si los movimientos obreros católicos tuvieron una profunda significación, con un balance positivo, también cabe pensar que los Graduados de Acción Católica constituyeron un importante factor renovador y fértil en la Iglesia española. La figura de Enrique Miret Magdalena, auspiciador también de un cristianismo en punta, desmitificador a través de sus artículos de Prensa, es decisiva dentro del referi-

do movimiento.

La revista juvenil «Signo», que abandonó en los primeros años 50 el tono triunfalista y descarnado de la Acción Católica de posguerra para pasar a ser el órgano de una juventud inquieta que ya reclamaba el derecho a decir su palabra, junto con el órgano oficial de la AC, «Ecclesia», única publicación libre de censura, constituyeron una muestra evidente de vitalidad, con muchos aciertos y algunos errores sin duda.

Una década más tarde, la jerarquía eclesial dominante entonces, con monseñor Morcillo a la cabeza, entendió que se había ido demasiado lejos y desarticuló de un plumazo los cuadros dirigentes y la revista «Signo». Fue, posiblemente, un golpe mortal. Y todo por un punto de exceso en las posiciones críticas y en la preocupación por lo social y un avance de «conciliarismo» (en actitudes que más tarde serían, incluso, superadas en el Vaticano II).

El ímpetu y el idealismo, el espíritu militante, peregrinante y combativo de veinte años, se ve-

nía abajo. Pero ya tiempo atrás habían comenzado las deserciones, acaso consecuentes con las nuevas realidades sociológicas de nuestro país. Habían surgido los institutos seculares, refugio de vocaciones tardías o de anhelos de perfeccionamiento personal en los que esto podía concitarse con una permanencia en el mundo y el trabajo. También, los cursillos de cristiandad, que de medio o instrumento se convirtió en movimiento autónomo, un tanto emocional y desgarrado. Muchos decidieron entregarse a la lucha en las organizaciones obreras. Los más conservadores, desengañados, se pasaron a las cofradías u otras organizaciones pías. Bastantes abandonaron todo contacto con la militancia activa y otros mostraron su complacencia ante alguna nueva organización religiosa de un catolicismo brillante.

La Acción Católica había muerto, pero después de dar a luz fértiles posibilidades y haber entregado a otras agrupaciones lo mejor de sus cuadros.

Y nos referimos con preferencia a la AC, por ser ésta la organización clave del apostolado seglar, fundada por un Papa y predilecta de la Iglesia. La trayectoria de otras asociaciones de este tipo ha sido, más o menos, paralela. Lo que ha quedado del apostolado seglar en España ha sido una actividad residual, con algunos hechos meritorios aislados.